



BIBLIOTECA

ALEAGUARA

Carlos Fuentes

Todas las familias felices



Todas las familias felices

Carlos Fuentes

Todas las familias felices

ALFAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Todas las familias felices se asemejan,
cada familia infeliz lo es a su manera*
LEÓN TOLSTOI, Anna Karenina

Una familia de tantas

El padre. Pastor Pagán sabe guiñar. Es un profesional del guiño. Para él, guiñar un ojo —uno solo— es una forma de cortesía. Toda la gente con la que trata concluye el negocio con un guiño. El director del banco cuando tramita un préstamo. El cajero cuando cobra un cheque. El administrador cuando se lo da. El contador cuando se hace el tonto y no lo registra. El delegado del patrón cuando le da la orden de ir al banco. El portero. El chofer. El jardinero. La criada. Todo el mundo le guiña. Guiñan los faroles de los automóviles, las luces de tránsito, el relámpago en el cielo, las hierbas en la tierra y las águilas en el aire, para no hablar de los aviones que sobrevuelan todo el santo día la casa de Pastor Pagán y su familia. El ronroneo felino de los motores sólo es interrumpido por los guiños del tráfico en la Avenida Revolución. Pastor les responde con su propio guiño, movido por la certeza de que así lo dictan las buenas maneras. Ahora que está pensionado, se acuerda de sí mismo como de un guiñador profesional que jamás abrió los dos ojos al mismo tiempo y cuando lo hizo, ya era demasiado tarde. Un guiño de más, se recriminaba a sí mismo, un guiño de más. No se retiró. Lo retiraron a los cincuenta y dos años. ¿De qué se iba a quejar? En vez de castigarlo, le dieron una buena compensación. Junto con el retiro temprano vino el regalo de esta casa, no una gran mansión pero sí una vivienda decente. Una reliquia de la lejana época "aztequista" de la Ciudad de México, cuando a los arquitectos nacionalistas de los años treinta les dio por construir casas con aspecto de pirámides indias. O sea, la casa se iba haciendo angosta entre la planta baja y el tercer piso. Éste resultaba inhabitable por estrecho. Pero su hija

Alma encontró que era ideal para su igualmente estrecha vida, dedicada a jugar con la red y encontrar en el mundo virtual de Internet la vida necesaria —o suficiente— para ya no salir más de la casa, pero sintiendo que era parte de una vasta tribu invisible conectada a ella como ella se conectaba, estimulada, a un universo que le parecía el único digno de apropiarse de "la cultura". La planta baja, propiamente el sótano, lo ocupa ahora el hijo Abel, reintegrado al hogar a los treinta y dos años, después de intentar una fracasada vida independiente. Regresó orgulloso para no demostrar que regresó con trito. Pastor lo recibió sin decir palabra. Como si no hubiera pasado nada. En cambio, Elvira, la mujer de Pastor, recuperó al hijo con signos de alborozo. Nadie comentó que Abel, regresando al hogar, admitía que a su edad sólo podía vivir gratis en el seno de la familia. Como un niño. Sólo que el niño acepta su situación sin problemas. Con alegría.

La madre. Elvira Morales cantaba boleros. Allí la conoció Pastor Pagán, en un cabaret de medio pelo cerca del Monumento a la Madre, en la Avenida Villalongín. Desde jovencita, Elvira cantó boleros en su casa, al bañarse, al ayudar en la limpieza y antes de dormirse. Las canciones eran su plegaria. La ayudaban a soportar la vida triste de una hija sin padre y con una madre desolada. Nadie la ayudó. Se hizo sola, sola llegó a pedir trabajo a un cabaret de Rosales, fue aceptada, gustó, luego mejoró de barrio y comenzó a creerse todo lo que cantaba. El bolero no es bueno con las mujeres. A la hembra la trata de "hipócrita, sencillamente hipócrita" y añade: "perversa, te burlaste de mí". Elvira Morales, para darle convicción a sus canciones, asumía la culpa de las letras, se preguntaba si en verdad su savia fatal emponzoñaba a los hombres y si su sexo era la hiedra del mal. Ella se tomó muy en serio las letras de los boleros. Por eso entusiasmaba, convencía y provocaba aplausos noche tras noche a la luz blanca de los reflectores

que por fortuna oscurecían los rostros de los asistentes. El público era la cara oscura de la luna y Elvira Morales podía entregarse a ciegas a las pasiones que pronunciaba, convencida de que eran ciertas y de que, siendo ella en la canción una "aventurera", no lo sería en la vida real. Al contrario, daría a entender que vendería caro, carísimo, su amor y que aquel que de su boca la miel quisiera, pagaría con brillantes su pecado... Elvira Morales podía entonar melódica la ruindad de su destino, pero fuera de la escena guardaba celosamente su "admirable primavera" (rima con "aventurera"). Después del show, jamás se mezclaba con los asistentes. Regresaba a su camerino, se vestía y volvía a casa, donde la esperaba su desdichada madre. Las solicitudes de los parroquianos —una copa, un bailecito, un poquito de amor— eran rechazadas, las flores tiradas a la basura, los regalitos devueltos. Y es que Elvira Morales, en todos sentidos, tomaba en serio lo que cantaba. Conocía por el bolero los peligros de la vida: mentira, cansancio y miseria. Pero la letra la autorizaba a creer, a creer de verdad, que "un cariño verdadero, sin mentiras ni maldad" se puede encontrar cuando "el amor es sincero".

La hija. Alma Pagán hizo un esfuerzo por acomodarse en el mundo. Que nadie le dijera que no lo intentó. A los dieciocho años, entendió que una carrera le estaba vedada. No había tiempo ni dinero. La preparatoria era el tope, sobre todo si los recursos de la familia (tan escasos) iban a apoyar a su hermano Abel en la Universidad. Alma era una chica muy atractiva. Alta, esbelta, de pierna larga y talle angosto, pelo negro recortado en casco, busto generoso sin exagerar, piel mate y mirada velada, boca entreabierta y naricilla nerviosa, Alma parecía que ni mandada a hacer para la novedosa ocupación de edecán en ceremonias oficiales. Ataviada igual que las otras tres o seis o doce muchachas escogidas para presentaciones de empresas, congresos internacionales, actos oficiales, camisa blanca con chaquetilla

y falda azul marinas, medias oscuras y tacones altos, la función de Alma consistía en estarse quieta detrás del orador de turno, renovar los vasos de agua en los paneles, no mover un músculo facial, nunca sonreír y menos desaprobado lo que fuese. Expulsar sus emociones y ser el perfecto maniquí. Un día reunió a las cinco compañeras de una función de beneficencia y se vio idéntica a ellas, todas igualitas entre sí, toda diferencia borrada. Eran clones la una de la otra. No tenían más destino que ser idénticas entre sí sin nunca ser idénticas a sí mismas, parecerse en la inmovilidad y luego desaparecer, jubiladas por la edad, los kilos o una media negra corrida. Esta idea horrorizó a Alma Pagán. Se despidió de la chamba y como era joven y bonita encontró empleo como azafata en una línea aérea que servía al interior de la República. No quería estar lejos de su familia y por eso no buscó servir en vuelos internacionales. Acaso adivinaba su propio destino. Sucede. Como también ocurre que en los vuelos nocturnos los pasajeros masculinos, apenas se bajaban las luces, se aprovechaban y le acariciaban de paso las piernas, o le miraban con hambre el escote, o, de plano, le pellizcaban una nalga mientras servía las cubas y las cocas. La gota que derramó el vaso (de cuba, de coca) fue el asalto que un gordo yucateco le hizo cuando ella salía del lavabo y él la empujó hacia adentro, cerró la puerta y comenzó a sobarla mientras la llamaba "linda hermosa". De un rodillazo en la panza, Alma dejó al peninsular sujeto sentado en el excusado, sobando, en vez de los senos de Alma, la panza de la guayabera. Alma no presentó queja. Era inútil. El pasajero siempre tenía razón. Al cabezón yucateco no le harían nada. A ella le atribuirían hacerse la confianzuda con los pasajeros y si no la despedían, le cobrarían multa. Por eso Alma se retiró de toda actividad mundana y se instaló en el piso alto de la casa de sus padres con todo el aparato audiovisual que de allí en adelante sería su universo seguro, cómodo y satisfecho. Había ahorrado y pudo pagar los aparatos ella misma.

El hijo. Abel Pagán no terminó la carrera de Economía en la UNAM porque se creyó más listo que los maestros. La mente ágil y curiosa del muchacho buscaba y encontraba el dato oscuro que dejara estupefactos a los profesores. Hablaba con aplomo de las "armonías" de Bastiat y del PIB de la República del Congo, pero si le pedían ubicar en el mapa a la susodicha república o saltar del olvidado Bastiat al muy recordado Adam Smith, Abel se perdía. Había aprendido lo superfluo a costa de lo necesario. Esto lo hizo sentirse, a un tiempo, superior a sus profesores e incomprendido por ellos. Dejó la escuela y regresó a casa, pero su padre le dijo que sólo podía quedarse si encontraba trabajo, que esta casa no era para zánganos y que él, Pastor Pagán, no había tenido la suerte de ir a la Universidad. Abel le espetó que era cierto, con un vago bastaba. El padre le dio una cachetada, la madre lloró y Abel se embarcó en la nave de su dignidad. Salió a buscar chamba. Ansiaba la libertad. Quería regresar triunfante al hogar. El hijo pródigo. Confundió la libertad con la venganza. Acudió a la empresa donde trabajó su padre. La oficina de Leonardo Barroso. Abel se dijo que iba a demostrar que él, el hijo, sí podía con la situación que sacrificó a su padre. "¿Barrosos a mí? ¿Jefecillos autoritarios? ¿Dictadorcillos de escritorio? ¡Qué me duran!" No tuvo que guiñar. Lo recibieron con sonrisas y él se las devolvió. No se dio cuenta de que entre la sonrisa y la mueca mediaba el colmillo. Mucho colmillo. Lo aceptaron sin mayor trámite. Ni siquiera la facilidad le encendió las antenas. Lo trataban con alfileres, como si temieran que Abel fuese espía de su padre, por lo cual tuvo que demostrar que era enemigo de su padre y esto lo llevó a despotricar contra Pastor Pagán, su debilidad y su holgazanería, su falta de gratitud hacia los Barroso que le dieron trabajo durante más de veinte años. La actitud del hijo parecía agradar a la empresa. El hecho es que le dieron un puesto subalterno de caminante en una tienda de la compañía donde su ocupación consistía en pasearse

entre los posibles compradores y los imposibles vendedores, vigilando a unos y a otros, que los primeros no robaran mercancía, que los segundos no se tomaran descansitos. Abel era el elegante gendarme civil de la tienda. Se cansó. Empezó a añorar los tiempos universitarios, la protección de la familia, los ahorros destinados a su educación. Se sintió incómodo, malagradecido. Su propia impertinencia filial, su propia molicie, su ingratitud, se le presentaron como espectros reiterados e inasibles. Sintió que los tapetes del almacén se gastaban a ojos vistas bajo su inútil ir y venir. Hizo amigos. Los mejores vendedores recibían comisiones y aparecían en el boletín de la celebridad semanal. Abel Pagán nunca apareció en el boletín. Su mala fama se esparció. "Sea usted más comedido con la gente, Abel." "No puedo evitarlo, señor. Siempre he sido grosero con la gente estúpida." "Oye Abel, ya viste que Pepe apareció en el boletín esta semana." "Con qué poca inteligencia se triunfa." "¿Por qué no haces un esfuerzo para salir en el boletín?" "Porque me da igual." "No seas tan difícil, mano." "No soy difícil. Sólo asumo la repugnancia que debían sentir todos ustedes, bola de acomodaticios." "¿Por qué no aceptas las cosas como son y tratas de mejorarlas cada día, Abel?" "Porque todo es como es y yo soy de otro modo." "Ni quién te entienda, mi cuate." La vida se iba convirtiendo en un larguísimo pasillo entre la sección de zapatos y la sección de camisas. Entonces ocurrió lo imprevisible.

El padre. Mirando al pasado, Pastor Pagán se preguntó, ¿por qué no fui deshonesto, habiendo podido serlo?, ¿no eran rateros todos?, ¿menos yo?, ¿por qué tuve que hablar con el propio señor Barroso y decirle todos se han enriquecido menos yo, señor?, ¿por qué me contenté con una pizca —un cheque por cinco mil dólares— que me entregaron para consolarme?, ¿por qué, a partir de ese momento, dejaron de guiñarme?, ¿qué falta había cometido al

hablar con el mero mero, el patrón? Pronto lo supo. Al presentarse como el único empleado honrado, implicó que los demás no lo eran. Para Barroso, esto era menospreciar a los compañeros. Una verdadera falta de solidaridad. Y sin solidaridad interna, la empresa no funcionaba. Al ofrecerse como el único empleado por encima de toda sospecha, Pastor incitó la perversa inteligencia de Barroso. Para el patrón, todos eran corruptibles. Ésta era la premisa mayor a todos los niveles en México, del Gobierno a la empresa y de la abarrotería al ejido. ¿Cómo pretendía Pastor Pagán ser la excepción? El jefe Barroso debió reír para sus adentros. Pastor no cometió la falta de pedir tajada, cometió la falta de declararse honrado. No entendió que a un hombre de poder como Leonardo Barroso no le bastaba con darle una comisión indebida a un empleado menor. Pastor se ofreció de pechito para que su patrón tratara de romperlo de a de veras. Ahora, retirado a la fuerza con pensión vitalicia, Pastor podía reflexionar a sus anchas sobre los motivos que llevan a cada uno a destruir a los demás. A veces por necesidad, cuando el enemigo es peligroso. A veces por vanidad, cuando es más fuerte que uno. A veces por la mera indiferencia con que se aplasta una mosca. Pero en ocasiones, también, por eliminar la amenaza del débil cuando el débil sabe un secreto que el poderoso quiere mantener en lo oscuro. Pastor Pagán vivía retirado, barajando las posibilidades de su destino, al fin y al cabo, cumplido ya. La verdad es que le devolvieron el chirrión por el palito. Cuando le pidió al jefe ser un militante más en el gigantesco ejército de la corrupción, cometió la falta de acusar a todos mientras se excusaba a sí mismo. Desde ese momento, estaba en manos del patrón, es decir, del poder. Pastor, de allí en adelante, carecería de autoridad moral. Sería un pícaro más. La regla, no la excepción que antes era. ¿Qué hubiera ganado si no le pide nada al jefe? ¿Ser más libre, más respetado, continuar empleado? El día más amargo de la vida de Pastor Pagán fue aquel en que se dio

cuenta de que, hiciera lo que hiciese y sin saberlo siquiera, ya era parte de la trama del soborno en el pequeño país de su propio trabajo. Había asistido durante años a la corrupción, llevando y trayendo cheques, aceptando cuentas falsas, guiñando, siendo guiñado, capturado moralmente en ese instante fotográfico en el que un solo ojo se cierra en complicidad y el otro permanece abierto con vergüenza. Pero él había permanecido puro hasta este momento. Se miraba al espejo en busca de una aureola y sólo encontraba una coronilla rala. Proponía reflejos de mártir y le respondían una piel gris, un rostro de mofletes vencidos, mirada esquiva y cejas nerviosas. Erguía el busto y se le desplomaba el pecho.

La madre. El bolero nos propone amantes. Algunos son fatales. Viven esperando que cambie la suerte o venga la muerte como bendición. Otros, nostálgicos: como el ave errante viviremos, con la añoranza del amor. Los hay limosneros de cariño: la mujer amada se lo llevó todo y lo dejó solo. Hay boleros derrochadores de pasión: quieren libar la boca de miel de la mujer y de paso embelesarse con su piel. Hay boleros dominadores que imponen el calor de su pasión. Elvira Morales cantaba todos estos sentimientos pero se los guardaba en el pecho y por eso los comunicaba con tamaña fuerza. Evitaba mirar a quienes la escuchaban, noche a noche, cantar en *La cueva de Aladino*. Hizo una sola excepción afortunada. Algo mágico, misterioso, debió guiar su mirada mientras cantaba "Dos almas" deteniéndose en el hombre que, a su vez, la veía con ojos distintos a todos los demás. Habituada a negar la correspondencia entre la letra de los boleros y la presencia de los hombres que la escuchaban, esta vez sintió que la canción y la persona coincidían mágicamente: "Dos almas que en el mundo había unido Dios, dos almas que se amaban, eso éramos tú y yo". Un hombre tierno: eso es lo que decían los ojos del espectador aislado de la sombra nocturna del

cabaret por un spot parejo al que destacaba el rostro de luna de Elvira Morales, sus hombros desnudos y redondos, la luz detenida en el escote del vestido de lentejuela roja, dejando todo lo demás en la penumbra del misterio. ¿Cómo se iluminaron esa noche, sólo dos rostros, el de Elvira Morales y el de un hombre desconocido? ¿Quién manejaba los reflectores esa noche, sino Dios mismo, o un arcángel en misión divina? El hecho es que Elvira, por vez primera desde que salió del hogar y empezó a cantar, sintió que un hombre merecía su voz, entendía sus letras, encarnaba su música. Esto sólo duró un instante. Al terminar la canción y encenderse las luces, Elvira Morales buscó en vano al hombre divisado mientras ella cantaba. ¿Habría sido un espejismo, una extraña proyección del bolero en la realidad? No. El lugar estaba allí, pero el asiento estaba vacío y cuando lo ocupó una pareja recién llegada, ella supo que el hombre que capturó su atención había estado antes allí y que si se había marchado, ella seguía allí y él sabría dónde encontrarla de nuevo. Si es que quería volverla a ver.

La hija. Desde el momento en que decidió encerrarse en el tercer piso de la casa paterna, Alma Pagán había decidido también su nuevo —y permanente— estilo de vida. Sentía repulsión cuando se recordaba fría como una estatua en las conferencias y actos de beneficencia o cuando se recordaba manoseada, pellizcada, insultada en los vuelos México-Mexicali o México-Mérida. No culpó a nadie sino a sí misma. Su cuerpo era el reo. Guapa, deseable, corrompible. Sólo ella era responsable de encender la lujuria machista. Se castigó a sí misma. Abandonó el uniforme aéreo y adoptó el estilo propio del destierro interno. Keds, bluejeans, playeras y a veces sudaderas de la Universidad de Kokomo, Indiana. Un sempiterno gorro de beisbol de los vetustos Jaibos de Tampico. No era la apariencia lo importante, aunque bastaba verla para no desearla. Lo impor-

tante era que, aislándose de un mundo hostil y desagradable, Alma entraba de lleno a un mundo de acción y excitación, de emociones vicarias, de interminable accidente y todo ello sin consecuencias físicas para ella. El mundo del *reality show*. Pagó una suscripción para recibir periódicamente los mejores programas sobre estas situaciones de la vida real en las que hombres y mujeres jóvenes y vigorosos participan en aventuras audaces, concursos constantes, premiaciones selectas... En estos momentos, a la mitad de la historia, Alma sigue con atención casi estrábica el inicio de la aventura de un grupo de cuatro parejas que deben disputarse los tres primeros lugares en un viaje lleno de obstáculos. La odisea se inicia en Ciudad Juárez y termina en Tapachula. O sea empieza en la frontera con los USA y acaba en la frontera con Guatemala. Los concursantes deben competir salvando impedimentos para llegar en primer, segundo o tercer lugar a la meta. La pareja que llegue en último lugar queda eliminada. La pareja triunfadora se hace acreedora de una semana en el barco de lujo turístico *Sirens of the Sea*. Los segundos y terceros reciben las gracias y un DVD sobre alpinismo. Ahora Alma observa la salida de las cuatro parejas en el puente internacional entre El Paso y Ciudad Juárez. Resulta que cuatro de los concursantes son gringos y los otros cuatro nacoleones. La primera pareja gringa la forman dos hombres jóvenes, Jake y Mike, esbeltos y guapos, como si hubieran nacido para el estrellato *reality*. La segunda son dos mujeres, una negra (Sophonisbe) y otra blanca (Sally). En cambio, las parejas nacionales son hombre y mujer como para evitar sospechas homosexuales. En ellas figuran dos jóvenes flacos y chaparritos, Juan y Soledad, y dos viejos entecos y curtidos, Jehová y Pepita. Los norteamericanos visten *t-shirts* y calzón corto. Los mexicanos jóvenes vienen ataviados de tarahumaras, o sea pierna desnuda, huipil bordado y pañoleta roja amarrada a la cabeza. Los viejos andan vestidos como la propia Alma Pagán. A ella le shoquea que